

TEXTOS DE LA TRADICIÓN UNÁNIME - 20

SÍMBOLOS UNIVERSALES EN EL FOLKLORE DE CATALUÑA



**Francisco Ariza
M^a Ángeles Díaz**

LA MEMORIA DE CALÍOPE

Anteriores:

1. *Los Misterios de Mitra*. Francisco Ariza.
2. *Defensa de Sócrates. Apología de la Justicia*. M^a Angeles Díaz.
3. *Deméter. Símbolos y Ritos de su Cosmogonía*. Id.
4. *La Historia, Ciencia de la Cosmogonía*. Francisco Ariza.
5. *Afrodita-Venus*. Adara M^a Ariza Díaz.
6. *La Mujer-Sabiduría en Dante y los Fieles de Amor*. Luigi Valli.
7. *Federico González. Desde la Costa Maya del Pacífico*. M^a A. Díaz.
8. *René Guénon. Maestro Masón*. Id.
9. *La Filosofía Política y la Idea de Justicia en Dante y los Fieles de Amor*. Francisco Ariza.
10. *Nobleza y Excelencia del Sexo Femenino*. Cornelio Agripa.
11. *La Mujer en la Obra de Shakespeare*. Antoni Guri.
12. *El Inca Garcilaso, síntesis de dos Mundos*. Francisco Ariza.
13. *Lucrezia Marinella. De los cinco nombres de honor de la mujer*. M^a Angeles Díaz.
14. *Metafísica de la Música. Estudio sobre el "Arte Musical" de Federico González*. Francisco Ariza.
15. *Las Sibilas. Sacerdotisas Itinerantes de Apolo y Cristo*. M^a Angeles Díaz.
16. *Margarita de Navarra. La Reina de las Margaritas*. Id.
17. *Sobre el Zen*. Id.
18. *Corpus Hermeticum: Poimandrés*.
19. *Aurora. (Selección)*. Jakob Böhme.

Ilustración de portada:

Joan Amades, *Costumari Català*, 1952.

© Francisco Ariza 2020

© M^a Angeles Díaz 2020

<https://bibliotecahermetica.com>

TEXTOS DE LA TRADICIÓN UNÁNIME - 20

SÍMBOLOS UNIVERSALES EN EL FOLKLORE DE CATALUÑA

Francisco Ariza - M^a Ángeles Díaz



LA MEMORIA DE CALÍOPE

Junio 2020

TEMARIO¹

Capítulo I:

EL SIMBOLISMO DEL FOLKLORE EN CATALUÑA.

Francisco Ariza

Capítulo II:

EL FOLKLORE CATALÁN Y LA MEMORIA DE LOS
ORÍGENES. ASPECTOS SIMBÓLICOS DE LA NAVIDAD.

M^a Ángeles Díaz

¹ Estos dos capítulos formaron parte de un ciclo de conferencias pronunciadas en la sede del Centro de Estudios de Simbología de Barcelona en diciembre de 2006.

EL SIMBOLISMO DEL FOLKLORE EN CATALUÑA

Francisco Ariza

El folkllore es un tema que apenas si hemos tocado alguna vez, y sin embargo cuando se penetra en él advertimos su importancia, pues nos abre perspectivas nuevas para continuar ampliando nuestros estudios e investigaciones sobre la simbólica universal. Este texto, junto al de M^a Ángeles Díaz, hablará del folkllore catalán por dos razones principales. La primera, obviamente, porque vivimos en Cataluña; y la segunda porque el folkllore de esta tierra, que es riquísimo en cuanto a calidad y cantidad (véase por ejemplo la obra de Joan Amades, especialmente el *Costumari Catalá*, e incluso gran parte de la obra de Verdaguer, por citar dos de los autores más célebres, aunque hay otros muchos que han desempeñado y desempeñan esa labor de recopilación y estudio), decimos que esa riqueza es un buen ejemplo para empezar a conocer qué es en verdad el folkllore. Asimismo, la permanencia del folkllore catalán, o de cualquier otro, no hace sino confirmar un hecho que observamos en otros lugares: que frente a la globalización y frente a ese Leviatán monstruoso en que se ha convertido nuestra sociedad moderna, hay muchas personas que temen perder sus señas de identidad más profundas, puesto que éstas se refieren precisamente a la continuidad de una memoria que nos habla de lo que en nosotros hay de más auténtico y esencial. Esto es así porque, como veremos, los temas que conforman el folkllore, y más allá de su aparente “colorismo”, son transmisores de valores

e ideas que tocan el nervio medular del ser humano, a su naturaleza más íntima, es decir a su espíritu, y por eso mismo existe en él una atracción que resiste el paso del tiempo y está siempre de plena actualidad.

Por otro lado, no olvidemos que el folklore catalán hunde sus raíces en tradiciones y culturas que lo han ido modelando a lo largo del tiempo, siendo, como es Cataluña, una encrucijada geográfica donde han desembarcado numerosos pueblos y culturas a lo largo de su historia, otorgándole su raigambre y solera. En esto, como en tantas otras cosas, Cataluña es como una síntesis de la geografía y la historia que se ha dado en la Península Ibérica, al menos en sus trazos principales, pues también en esta última se vierte la corriente cultural venida de Europa (o de Eurasia) a lo largo de numerosas oleadas y en distintos períodos de tiempo y, asimismo, a través del Mediterráneo, de las diversas civilizaciones que se desarrollaron en sus dos riberas y las que procedían del Oriente Próximo. Pero además España goza asimismo de una de las culturas de orígenes más arcaicos que existen actualmente, no sólo en Europa sino en casi todo el mundo: nos referimos a la vasca, cuyo folklore, como el catalán, es de una riqueza inagotable. Y si miramos al sur, a Andalucía, nos encontramos con los vestigios de otra cultura que fue además una civilización en toda regla y que ha dejado huellas de su esplendor en el folklore de allí: nos referimos a Tartesos, de la que incluso se cree que era nada más y nada menos que de origen atlante, como lo indica el arqueólogo que fue su descubridor a principios del siglo XX, el alemán A. Schulten. Podríamos decir, en definitiva, que el solar hispano es como un huerto lleno de frutos culturales, pero hay que saber buscarlos para poder nutrirse de su legado, como parte constitutiva también de nuestra memoria vertical, es decir como una manifestación de la Filosofía Perenne.

Ahora bien, para conocer lo que es el folklore, catalán o

cualquier otro, es necesario hablar primeramente del marco teórico donde se inscribe, es decir de su didáctica, pues es evidente que la tiene, y bastante más de lo que podríamos imaginar cuando lo abordamos de una manera superficial y anecdótica, es decir cuando lo confundimos con el "folklorismo". Es evidente que el "folklore de pandereta" es una degradación del auténtico folklore, pues al considerarlo como un tópico se ha acabado por extirparle sus diferentes sentidos, analogías y correspondencias con otra realidad de las cosas de mucho mayor contenido y enjundia desde todos los puntos de vista. Dicho de otra manera: al contemplarlo desde esa perspectiva tan limitada se ha acabado por negar al folklore su valor simbólico, es decir esa cualidad que tiene de sugerir y entrever otros significados que es propio del lenguaje de los símbolos, de la "lengua de oc", precisamente aquella que utilizaban los trovadores y las trovadoras (troubairitz) medievales, tan abundantes en el Mediodía francés y Cataluña, y que dio nombre a la región de Occitania. Hay un aspecto en la literatura trovadoresca y juglaresca que no está muy alejado del folklore entendido como la memoria de una tradición y un simbolismo que hay que conservar porque él forma parte de la identidad espiritual de un pueblo.

Precisamente este trabajo pretende ser una pequeña introducción a esa dimensión simbólica del folklore. La didáctica a que nos referimos constituye una enseñanza de ciertos valores, ideas y principios que han sido recogidos por el pueblo llano, y que éste transmite a través de las fiestas, los juegos, la música, la danza, los refranes, los proverbios, los relatos, los cuentos y las leyendas, que siempre fueron orales y que de manera velada esconden todo un sentido esotérico e iniciático incuestionable. Recordemos entre los cuentos más conocidos "La Bella Durmiente", "Caperucita Roja", "Blancanieves", "Cenicienta", "Hansel y Gretel", "La Bella y la Bestia", "Pulgarcito", etc. Haciendo un paréntesis: observe-

mos que en todos estos cuentos aparecen siempre el bosque y la casa, o el castillo, que se corresponden con dos espacios interiores del ser humano; el bosque como representación simbólica del laberinto iniciático, y la casa o castillo, como el símbolo del centro, del lugar donde el ser humano se encuentra a sí mismo después de numerosas peripecias y pruebas, que tienen que ver con las disoluciones y coagulaciones alquímicas. En el caso de “La Bella Durmiente” se trata del alma que yace dormida en lo profundo del bosque, es decir que anda perdida en el laberinto, y es despertada por el beso del príncipe, símbolo del espíritu. Leemos en *Introducción a la Ciencia Sagrada. Programa Agartha* (acápite “El Bosque”):

En muchos pueblos y culturas, cuya configuración geográfica así lo exige, el bosque o la selva adquiere un papel muy importante y significativo en cuanto a lugar reservado al culto, las iniciaciones y la contemplación. La elevación de dólmenes y las construcciones funerarias en el interior de los bosques, especialmente en claros y lugares despejados, es muy habitual en las culturas arcaicas. Muchos usos y ritos ancestrales, mantenidos por la memoria popular, siguen repitiéndose periódicamente en estos parajes. Los mitos y leyendas antiguos están plagados de alusiones a bosques mágicos en donde transcurre la trama de sus argumentos y en donde en general habitan seres o entes no humanos cuya relación con los héroes y los hombres está vinculada simbólicamente al propio proceso alquímico y espiritual. Un clásico de este género es el cuento de Blancanieves. Custodiada por siete enanos en un bosque (psiquis), se halla semimuerta por haber comido el fruto que astutamente le ofreciera la bruja hechicera, el mismo que otrora comiera Eva en el

paraíso; mientras espera el “despertar” a través del beso del príncipe (Eros).

En efecto, la tradición hace de los gnomos, los silfos, las ondinas y las salamandras habitantes mágicos de los bosques, lo cual nos ofrece una descripción figurada de nuestras propias potencias anímicas y terrestres. Estos seres están alquímicamente relacionados con los cuatro elementos, respectivamente la tierra, el aire, el agua y el fuego, así como Blancanieves se asimilaría en el ejemplo al quinto, el éter, cada uno simbolizando la conciencia y función específica de cada elemento, conciencias que habitan potencialmente dentro de nuestra propia naturaleza microcósmica, revelándose como impulsos y tendencias elementales.

El bosque, o la selva, como templo natural y espacio sagrado, nos ofrece dentro de su inmensa riqueza de matices (la fuente, la gruta, la mina, la montaña, etc.), inagotables temas de meditación. Toda una cosmogonía que nos habla simbólicamente de la fauna, la flora y la topografía de nuestra propia naturaleza interna e invisible.

Como íbamos diciendo, todos esos cuentos eran orales hasta que a lo largo de los siglos XVII, XVIII y XIX, distintos escritores los recopilaron de forma escrita. Es interesante observar que esos siglos coinciden exactamente con el nacimiento y auge de la mentalidad racionalista, que estaba creando un tipo de sociedad (con la producción industrial como su eje vertebrador) en la que no tenían cabida no sólo las “tradiciones populares” (propias de los artesanos y campesinos) sino cualquier tradición sapiencial y metafísica. Era entonces natural que todo ese legado que se transmitía oralmente a través de los cuentos y leyendas se pusiera por escrito, justamente para que semejante herencia no acabara por perderse definitivamente. En realidad el proceso de fijar la palabra en la escritura es prototípico, y en mayor o menor

medida ha sido común a todas las civilizaciones a lo largo de la historia, y tiene que ver fundamentalmente con la idea de conservación de la Ciencia Sagrada en sus diferentes expresiones.

Recordemos que a lo largo de esos tres siglos escritores como Walter Scott en Escocia (conocido masón que por cierto también tradujo al inglés el *Corpus Hermeticum*, como señala Federico González en el capítulo II de *Hermetismo y Masonería*), los hermanos Grimm en Alemania, Asbjörnsen en Noruega, Andersen en Suecia, Perrault y La Fontaine en Francia, Afanassief en Rusia, etc., etc., recorrieron los caminos y los pueblos de Europa y del mundo a la búsqueda de todo ese “saber inmemorial” que el pueblo había conservado en los cuentos, los proverbios y los refranes. El propio Jonathan Swift, en *Los Viajes de Gulliver*, se hace seguramente eco de algunas leyendas recogidas en el folklore de su tierra. En cuanto a los refranes se refiere, aquí en España tenemos la labor emprendida por el Marqués de Santillana ya en el siglo XV, también el Diccionario de Correas, etc. (por ejemplo, el refrán “El hombre propone y Dios dispone” está en el libro de los Proverbios).

En todos esos juegos, fiestas, cuentos, refranes y leyendas reside en verdad la fuerza mnemotécnica de los mitos, los símbolos y los ritos universales, que se entrelazan permanentemente con el quehacer cotidiano del pueblo, del que emana una imaginaria propia y característica que se añade finalmente a esos mismos símbolos, ritos y mitos, adornándolos en cierta manera, dando así origen al folklore propiamente dicho. Precisamente, es por esa capacidad de recepción y transmisión que el folklore recibe el nombre de “tradición popular”, siendo así como se expresa a un determinado nivel de comprensión una auténtica tradición sapiencial, de la que el folklore siempre ha extraído su propia realidad y razón de ser, o sea todo lo que constituye su esencia, que es de carác-

ter esotérico y metafísico. Como ha afirmado a este respecto Luc Benoist:

El interés profundo de todas las tradiciones llamadas populares reside sobre todo en el hecho de que no son populares en origen.

En resumidas cuentas, que el folklore puede ser, y de hecho lo es, una puerta de entrada y una apertura muy válida a otras lecturas más elevadas de la realidad. Y en este punto conviene recordar la etimología de la palabra folklore, no sin antes decir que todo lo que se refiere a la etimología nos habla de la esencia de la palabra en cuestión, de su significado verdadero, y como nos dice Federico González en el *Programa Agartha*, precisamente en el acápite llamado "Etimológicas", los

orígenes de las palabras son importantísimos e iluminadores, pues las raíces de donde provienen, así como los diferentes sentidos que ellas tienen, o pueden tener, y las relaciones a que estas analogías nos llevan, conforman un estudio revelador acerca de los conceptos de donde ellas derivan, las que por su uso profano se han desgastado y han perdido así su tremendo valor evocativo y anímico, hasta hacerse consumibles e insignificantes.

Pues bien, teniendo todo esto presente, la palabra folklore, nos dice Joan Corominas en su *Diccionario Etimológico de la Lengua Castellana*, que significa "erudición o saber del pueblo", o bien "creencia del pueblo". Es lo mismo que afirma Julio Caro Baroja en su libro *Los Pueblos de la Península Ibérica*, donde además nos dice que en Italia y en algunos otros países se utilizó un neologismo del griego que se llamaba la "demosofía", o sea, la sabiduría popular. Y añade a

continuación lo siguiente, en donde podemos entrever que efectivamente el folklore es algo más que simple “costumbrismo”:

en los pueblos de Europa, y de España especialmente, es lícito afirmar que se dan ciertas formas de saber que podríamos considerar como estrictamente filosófico, en un sentido riguroso de la palabra, y que se refieren a concepciones de la existencia humana, a imágenes del mundo exterior, a lo que se puede llamar también ‘concepciones del mundo’; con frecuencia a éstas suelen aludir –o han aludido a veces– los viajeros y algunos literatos, pero de todas maneras no lo han hecho con la profundidad o el detalle que se necesita para tener una idea exacta de lo que puede ser esta filosofía popular (...) No cabe duda de que, dentro del pueblo, aunque no sea de forma sistemática, pedagógica, hay una filosofía real: hay conceptos que se refieren a una concepción metafísica; hay conceptos que se refieren a una filosofía de la naturaleza, o a una concepción de la naturaleza; (...) y, sobre todo, de filosofía moral, poética y cultural.

Sin embargo, todo ese saber, todo ese conjunto de conceptos filosóficos, afirma a continuación el antropólogo e historiador de Vera de Bidasoa, está formulado de forma fragmentaria. Y es que el folklore está constituido por los vestigios que han ido quedando de antiguas cosmogonías procedentes de distintas tradiciones que se han ido sucediendo a lo largo del tiempo y en un determinado espacio geográfico, de ahí el carácter auténticamente prehistórico y arcaico que revisten algunas manifestaciones del folklore, que literalmente se “pierden en la noche de los tiempos”.

Como nos dice en este caso René Guénon, el pueblo conserva los restos de tradiciones muy antiguas que se remontan a veces, inclusive, a un pasado tan remoto que sería imposible de determinar y que es costumbre contentarse con referir, por tal razón, al dominio oscuro de la “prehistoria”; cumple con ello la función de una especie de memoria colectiva más o menos “subconsciente”, cuyo contenido ha venido, manifiestamente, de otra parte [y en nota añade: Es ésta una función esencialmente “lunar”, y es de notar que, según la astrología, la masa popular corresponde efectivamente a la luna, lo cual, a la vez, indica a las claras su carácter pasivo]. Lo que puede parecer más sorprendente, continúa Guénon, es que, cuando se va al fondo de las cosas, se verifica que lo así conservado contiene, sobre todo, en forma más o menos velada, una suma considerable de datos de orden esotérico, es decir, precisamente lo que hay de menos popular por esencia; y este hecho sugiere de por sí una explicación que nos limitaremos a indicar en pocas palabras. Cuando una forma tradicional está a punto de extinguirse, sus últimos representantes pueden muy bien confiar voluntariamente a esa memoria colectiva de que acabamos de hablar, lo que de otro modo se perdería sin remedio; es, en suma, el único recurso para salvar lo que puede salvarse en cierta medida.

Estas palabras pertenecen al capítulo IV de *Símbolos Fundamentales de la Ciencia Sagrada*. Y en otro de sus libros, Guénon vuelve a tratar de nuevo este tema, concretamente en el capítulo XXVIII de *Iniciación y Realización Espiritual*, titulado “La Máscara Popular”. Es interesante que leamos algunos fragmentos del mismo, que nos harán entender todavía más lo que significa realmente el sentido simbólico de esa memoria popular, y por lo tanto del folklore. No es necesario decir que la palabra “elite” que aquí aparece varias veces la utiliza Guénon en el sentido estrictamente espiritual, o sea que se refiere a aquellos que detentan la verdadera sabiduría, y por

lo tanto no tiene nada que ver con un pretendido y hasta ridículo “elitismo social”. Nos dice Guénon:

Hay todavía otra cosa que acabará de explicar lo que estamos diciendo y que le da además toda su significación: se trata de que la elite, por la misma razón de que el pueblo es su extremo opuesto encuentra verdaderamente en él su reflejo más directo, como en todas las cosas el punto más alto se refleja directamente en el punto más bajo y no en uno u otro de los puntos intermediarios. Es, ciertamente, un reflejo oscuro e invertido, como el cuerpo lo es con respecto al espíritu, pero no por ello deja de ofrecer la posibilidad de un “enderezamiento”, comparable al que se produce al fin de un ciclo: es precisamente en el momento en que el movimiento descendente ha llegado a su término, por tanto a su punto más bajo, que todas las cosas pueden ser devueltas inmediatamente a su punto más alto para comenzar un nuevo ciclo; y es aquí cuando se puede decir en verdad que “los extremos se tocan” o más bien se reúnen. La similitud entre el pueblo y el cuerpo, a la cual hacíamos alusión anteriormente, se justifica aún por el carácter de elemento “substancial” que presentan por igual uno y otro, tanto en el orden social como en el individual respectivamente, en tanto que lo mental, sobre todo cuando se presenta bajo su aspecto de “racionalidad”, corresponde más bien a la “clase media” [en este artículo Guénon hablaba más arriba de la “clase media” como el ejemplo más genuino de la “vida ordinaria”, y dándole a la palabra “media” en este caso el sentido de “mediocridad”]. De aquí resulta que la elite, descendiendo en cierto

modo hasta el pueblo, encuentra todas las ventajas de la “incorporación”, en la medida en que ésta es necesaria para la constitución de un ser realmente completo en nuestro estado de existencia; y el pueblo es por ello un “soporte” y una “base”, de igual manera que el cuerpo lo es para el espíritu manifestado en la individualidad humana.

Guénon pone varios ejemplos de cómo esa elite espiritual se mezcla con el pueblo, que es la mejor manera de ocultarse de los inquisidores de turno y de distinto pelaje y condición que hay en cualquier época; Guénon menciona a los taoístas, a los sufís, a los hermetistas, e incluso a los templarios, algunos de los cuales

escaparon a la destrucción de su Orden disimulándose entre los obreros constructores; si determinadas personas no quieren ver aquí sino “leyendas”, la cosa no es menos significativa por su simbolismo; y, de hecho, es incontestable que al menos algunos hermetistas actuaron así, especialmente entre aquellos que pertenecían a la corriente rosacruz. En este sentido, recordaremos aún que entre las organizaciones iniciáticas cuya forma está basada en el práctica de un oficio, aquellas que permanecen siempre puramente “artesanales” sufrieron una menor degeneración que aquellas otras que fueron afectadas por la intrusión de elementos pertenecientes en su mayor parte a la “burguesía”; además de otras razones que hemos expuesto ya en otra parte, ¿no puede verse aquí también un ejemplo de esta facultad de conservación “popular” del esoterismo de la que el “folklore” es igualmente una manifestación?

Al hilo de lo que dice Guénon, nosotros pensamos que en todas esas adaptaciones tuvo que intervenir de una u otra manera el dios Hermes-Mercurio, que es precisamente la deidad que gracias a su función de intermediaria entre el Cielo y la Tierra siempre está vinculada con las adaptaciones y ajustes de la doctrina tradicional a las circunstancias históricas e incluso personales en las que se ve envuelto el ser humano en su paso por este mundo. No olvidemos que Hermes, el Dios Vivo, ha sido y sigue siendo sin duda alguna la deidad más popular de todas (lo cual no es contradictorio con el carácter al mismo tiempo “hermético” y “oculto” de la doctrina que de él emana), aquel que siempre ha procurado que el ser humano no pierda contacto con la Tradición mediante la transmisión y mantenimiento de la verdadera cultura, ya sea al nivel en que ésta se exprese, y claro está el folklore constituye uno de esos niveles. Además, qué duda cabe que la influencia de Hermes, y por lo tanto del Hermetismo, se ha dejado sentir en las distintas expresiones del arte popular a través de los distintos oficios y artesanías: el tejido y el bordado, la cerámica, el vidrio, la herrería, la ropa y el calzado, carpintería, joyería, jardinería, teatro, escultura, poesía, danza, etc., etc., sin olvidarnos por supuesto de la agricultura.

II

Precisamente la agricultura, que quiere decir “cultura del agro”, es uno de los oficios más antiguos que existen, y muchos autores clásicos y auténticos intérpretes de la Tradición (Hesíodo, Virgilio, Ovidio, Plinio el Viejo, etc.), nos han hablado de sus virtudes y de su cosmogonía, pues es evidente que esa actividad ejemplifica la íntima relación entre la tierra y el cielo. Como todos sabemos aún existe lo que se llama “El Calendario de los *Payeses*”, que es también de los Ganaderos,

y que es de uso no sólo en Cataluña sino también en distintos lugares de España; si lo observamos con atención comprobaremos que se trata de un pequeño manual de astronomía, cuyos ciclos y ritmos estructuran el tiempo de sembrar y de recolectar, como canta Hesíodo en este versículo de *Los Trabajos y los Días*:

Al surgir las Pléyades, descendientes de Atlas, empieza la siega; y la labranza, cuando se ocultan. Desde ese momento, están escondidas durante cuarenta noches y cuarenta días y de nuevo al completarse el año empiezan a aparecer cuando se afila la hoz.

Y todo ello además está ligado con las fiestas litúrgicas (Adviento, Navidad, Epifanía, Cuaresma, Pascua, Pentecostés, etc.). Es importante resaltar que casi todas esas fiestas son adaptaciones de otras muchísimo más antiguas dedicadas a las divinidades celestes y terrestres, fiestas que no son sólo precristianas sino en muchos casos incluso prerromanas, remontándose a los tiempos prehistóricos y del Neolítico. Como señala a este respecto Xavier Fàbregas en su libro *Tradicions, mites i creences dels catalans. La pervivència de la cultura ancestral*:

Las antiguas divinidades es posible que hayan cambiado de hábito, pero, aunque disfrazadas, sin ningún rubor continúan hoy en día ocupando los asientos que el cristianismo intenta negarles, y convocan a sus fieles y los protegen. La adhesión popular se ha manifestado en ceremonias y ritos, en un material dramático y predramático de una gran variedad y riqueza; sobre todo de una autenticidad incontestable. Las divinidades locales que superaron sin obstáculos la llegada del panteón ro-

mano y su retirada se resistieron también a la aparición del cristianismo. [...] En todo caso, durante los siglos VII y VIII no es seguro que el cristianismo haya sido abrazado por toda la población [...] Subsistieron, pues, lugares de culto. El cristianismo se mostró impotente para vencer la costumbre de la población, que se dirigía a unos lugares determinados y pedía al espíritu de turno, al accidente orográfico que mostraba un poder y una exuberancia sobrenaturales, favor y protección.

Se habla aquí implícitamente de una geografía simbólica, la que subsiste efectivamente por encima de los cambios culturales, pues nos está hablando de la tierra como un ser vivo cuyo palpitar está alimentado por los efluvios sutiles de los planetas y estrellas, es decir por las deidades uránicas, y esto efectivamente se manifiesta con más intensidad en determinados espacios orográficos, que se convertían así en los lugares de culto, sacralizados por los dioses del cielo, de la naturaleza, la vegetación y del inframundo. A veces esos lugares se señalaban con menhires, dólmenes y santuarios. De todos ellos está plena Cataluña. Como leemos en el acápite "Geomancia" del *Programa Agartha*:

La tierra respira, pare, resplandece, y adquiere formas distintas en diversos sitios, signados por diferentes fenómenos (montañas, valles, planicies, ríos, cascadas, etc.), los cuales son símbolos de ideas arquetípicas, o mejor, de 'otras cosas' existentes también en el mundo de lo invisible, de lo espiritual. Por cierto que estas concepciones han de ponerse en directa conexión con la idea de la analogía entre macro y microcosmos, la que ve en la tierra un ser vivo, sensible y gigantesco, expresión natural,

como el hombre, de un Ser Supremo, oculto en su propia creación. Motivo por el que las energías cósmicas, y en este caso especial las telúricas, son igualmente los conductos por los que se manifiesta la divinidad y por lo tanto señalan lugares específicos de comunicación cielo-tierra.

Cataluña es una tierra especialmente favorecida por las energías cósmicas y telúricas, por el encuentro armonioso entre ambas, lo que se refleja en una geografía que contiene toda la amalgama del paisaje, enmarcado al Norte por los Pirineos, de donde nacen los principales ríos que la fecundan y cuyo nombre, como nos recuerda Verdaguer en su inmenso poema *La Atlántida*, proviene de la ninfa Pirene, de la cual se enamoró Hércules, el fundador legendario de Barcelona, durante su estadía civilizadora en la península, donde también fundó Cádiz, La Coruña y tantos otros lugares. Precisamente los nombres de algunas cimas, valles y lagos pirenaicos sugieren una geografía mítica y simbólica: el Valle de la Virgen de Nuria (antiguo centro de fertilidad prehistórico), el "Pic de la Fossa del Gegant" (donde antiguamente había un dolmen) y el pico de "Noucreus", el "Pic de l'Infern", el "Pedraforca", "Els Encantats", "Coll de Arques" (Arques, o Arcas, es el nombre antiguo de los dólmenes), "L'Estany del Diable", el "Pic de l'Aliga (Aguila)", "El Cadí", el "Puigmal", el que según la leyenda popular es un gigante petrificado guardián de los valles y los bosques, y por supuesto el "Canigó", el monte mítico por excelencia cantado como todos sabemos por Verdaguer, al que pudiéramos calificar como el Dante de Cataluña en la medida que el renueva su lengua y sobre todo porque trae al presente la memoria de los orígenes míticos y sagrados. Si los Pirineos son la puerta de entrada de las corrientes civilizadoras que llegan a Cataluña del continente europeo (la última de las cuales, la traída por el gran Carlo-

magno, dejó su sello definitivo y fundacional bajo el nombre de la “Marca Hispánica”), por el Oriente nos encontramos al Mediterráneo, el “Mare Nostrum” y con él todas las civilizaciones que nacieron en sus riberas, y que con mayor o menor intensidad han dejado su presencia, hasta el punto que una de las ciudades eminentes del Imperio Romano no fue otra que Tarraco, la que dio nombre a la provincia de la Tarraconensis que ocupaba casi la mitad de Hispania. Al Sur el río de los Iberos, el Ebro, el que da nombre a la Península, que trae las aguas de todos los ríos por donde transcurre; y al Occidente nos encontramos la “terra ferma” de Lleida, el río Segre, los cursos fluviales y las serranías de la Franja, que más que una frontera y una separación como pretenden algunos, es una juntura cosida a Aragón, como nos lo explica la historia misma a través de la Corona de Aragón instaurada por el no menos grande Jaume I el Conqueridor (el Conquistador), corona que encontró también en el Mediterráneo su expansión civilizadora y comercial, beneficiándose una vez más de él. Toda esta variada geografía entreverada con la historia, conforma al mismo tiempo un todo proporcionado, un microcosmos, aunque en ocasiones no faltan los grandes contrastes, como, por ejemplo, el que de las suaves y fértiles colinas del Penedés (nombre que evoca el del dios Pan) emerge de pronto, imponente, el asombro de esa sinfonía de piedra flamígera que es Montserrat, el corazón espiritual de Cataluña.

Bien, antes de este paréntesis estábamos hablando de la permanencia de las deidades paganas dentro de las fiestas litúrgicas cristianas; en este sentido he aquí lo que nos dice Joan Soler i Amigó en *Cultura Popular Tradicional*:

Así fue como san Antonio Abad ocupa el lugar de Saturno, dios sembrador de los romanos, que enseñó a los humanos a plantar los primeros cereales.



Nª Sª de Montserrat. Josep Flaugier, 1757-1812

Suplantando a Marte, Martín devino el santo de las fraguas y el introductor del arte de templar el hierro. San Galderico toma el relevo de una divinidad procuradora de lluvia y fertilizadora de los sembrados. Santa Bárbara asumió la función de la divinidad protectora contra truenos y tempestades. Santa Agata pasa a cumplir la función de la divinidad protectora de los partos y procuradora de leche a las madres que crían. Silvano, el dios selvá-

tico, fecundador de los bosques, se convierte en san Silvestre, patrón de las brujas. Los dos san Juan, Bautista y Evangelista, suplantán al dios solar Jano, a las puertas de los solsticios de verano e invierno. La virgen Lucina, Diana Luminosa, protectora de los nacimientos, toma la figura de santa Lucía (santa Llúcia), próxima al nacimiento del Niño Jesús. Y San Miguel, san Jaume y san Jordi, montados en sendos caballos blancos, serán revestidos de las atribuciones de los dioses psicopompos, conductores de las almas de los difuntos al fin de la tierra, al cielo, a su lugar de reposo.

Las biografías míticas de estos antiguos dioses, semidioses, héroes y demiurgos del paganismo se incorporaron a la leyenda áurea, convertidos en las vidas y milagros de los nuevos santos; sus lugares de culto devinieron santuarios cristianos y sus fiestas destacarán con gran relevancia dentro del almanaque cristiano: la fijación de las fechas mantiene una exacta coincidencia con las anteriores celebraciones paganas. A todo lo largo del calendario festivo en el entorno que envuelve a muchas fiestas mayores locales todavía es posible adivinar su presencia.

A algunos quizás pueda sorprender que todo esto haya sido conservado por el pueblo, arguyendo la elementalidad de este; y sin embargo, y tras lo señalado por Guénon, no saben que es precisamente gracias a esa elementalidad o ingenuidad que podía en un momento determinado servir de receptáculo al esoterismo tradicional transmitido por los sabios, y las únicas modificaciones que podían hacer a esas enseñanzas eran sólo de pequeños matices que servían para adaptarlas a su idiosincrasia, pero respetando la esencia y el fondo. He aquí su valor. Como nos recuerda el historiador francés Michelet en su libro *El Secreto de la Caballería*:

los Maestros del Verbo proyectan sus creaciones en la memoria popular, que es un receptáculo maravilloso de conceptos maravillosos.

Y por ejemplo, Caro Baroja nos recuerda en su libro citado que

el refranero popular sube al mundo bíblico, o al literario latino, o puede subir a unos mundos de los que evidentemente ha tenido que tomar no sólo un concepto, sino las formas específicas del refrán, que son calcadas o son traducidas (...) Lo mismo ocurre con otros aspectos de la literatura popular con carácter filosófico. Por ejemplo, en muchos pueblos de la península, en el norte, en Cataluña y en otras partes, hay fábulas, cuentos, leyendas, en los que se hace alusión a las edades sucesivas de la tierra, en un sentido casi parecido al que tiene en Hesíodo; es decir, la existencia de una edad de oro, la existencia de una edad argéntea, después, la existencia de una edad de hierro y una especie de línea degenerativa de una época feliz, una época importante en la que los hombres vivían felices, los animales hablaban (...) y tenían poder de hablar como si fueran personas (...) Esto, como les digo a ustedes, tiene su expresión en distintas áreas de la península, y en castellano quedan algunos vestigios. Porque hasta una expresión que hoy es común en algunos sitios pero que está desprovista de contenido alude a esta edad pretérita; así, cuando ahora la gente habla “del tiempo de Maricastaña” no sabe qué es lo que quiere decir, es un tiempo antiguo y nada más, un tiempo remoto, pero en el Diccionario de Correas y en otros textos antiguos es la época en la que los animales hablaban, etc.

Sin embargo, para que el pueblo fuese de alguna manera soporte y receptor de todo ese mensaje tenía que existir en él una cierta familiaridad con las ideas que iba recibiendo, esto es, que debía tener una predisposición para que pudiera admitirlas en su seno. Dicho de otra manera: debía amar a la cultura que recibía, en el grado que esto fuese, y desde luego su contacto con ella tenía que ser mucho más intenso de lo que pudiéramos creer hoy en día. Es decir que existía en otros tiempos, y no muy lejanos, una comunicación mucho más permeable entre los distintos estamentos que conformaban la sociedad humana, de tal manera que desde los centros donde se gestaba ese saber hasta la periferia, fluía de manera natural una serie de conocimientos que finalmente se plasmaban, generándola, en el “alma popular”; y ésta en la medida de sus posibilidades participaba también de la tradición que en esos momentos estaba vigente, propiciando así, como decíamos antes, la manifestación del “arte popular”.

Esto cobra todo su sentido cuando comprobamos que en las sociedades tradicionales el conjunto entero de la población participaba de una idéntica concepción del mundo, y el resultado del arte que se derivaba de esa concepción era visible para todos por igual. Lo único que cambiaba era el grado de comprensión más o menos profundo que cada cual tenía del contenido esotérico, cosmogónico y metafísico que se expresaba a través de dicho arte; en consecuencia, existía dentro de esa sociedad “una comunidad de ideas y sentimientos que hace que el conjunto del pueblo forme un solo individuo”, como si fuera un cuerpo u organismo, que es uno solo aunque dentro de él existe una jerarquía de funciones que hacen posible su regular y armonioso funcionamiento. Por eso mismo y por poner un ejemplo que tenemos cerca, esto explicaría que en los capiteles de algunos claustros, como los de las catedrales de Ripoll, San Cugat, Girona o Barcelona, por poner sólo cuatro, y junto a las escenas que describen fa-

cetas de la historia sagrada extraídas de la Biblia, aparezcan también escenas propias de la vida de las gentes de la época en que se construyeron esos capiteles, y todo ello no desentona en absoluto, sino que aparece perfectamente integrado en el conjunto. También en la puerta de entrada a Santa María del Mar podemos observar escenas de los distintos oficios. En fin, como decimos los ejemplos son numerosos. A todo esto alude en cierto modo Ananda Coomaraswamy cuando afirma:

En las sociedades tradicionales y unánimes observamos que no puede establecerse una división rígida entre las artes que se dirigen al campesino y las que se dirigen al señor; ambos viven esencialmente del mismo modo, pero en una escala distinta. Las diferencias son de refinamiento y de lujo, pero no de contenido o estilo; en otras palabras, las diferencias se pueden medir en términos de valor material, pero no son de orden espiritual o psicológico. El intento de distinguir entre motivos aristocráticos y motivos populares en la literatura tradicional es erróneo; todo arte tradicional es un arte popular en el sentido de que es el arte de un pueblo unánime. (*La Filosofía Cristiana y Oriental del Arte*, cap. VIII, "La Naturaleza del Folklore y del Arte Popular").

III

"El tiempo de Maricastaña" al que se refería anteriormente Caro Baroja, está aludiendo de manera clara a la edad de oro, al Paraíso, en donde como nos dice la Biblia los animales hablaban con los hombres, es decir que en aquella primavera del mundo todos los seres de la Creación participaban de un

mismo lenguaje, y se podían comunicar entre sí; no existían barreras en ese entendimiento, y la conciencia de vivir dentro de la Unidad supraindividual era plena en todos ellos. Los cuentos que nos hablan de los animales parlantes están repartidos prácticamente por todos lados. Y esto ocurre con casi todos los grandes símbolos y mitos implícitos en los cuentos y leyendas, lo que nos lleva de nuevo a la confirmación del carácter universal de muchos elementos simbólicos contenidos en el folklore. El gran Ramón Llull, filósofo herético y uno de los padres fundadores de la cultura catalana, y por lo tanto hispánica, y con una enorme proyección europea durante la Edad Media y posteriormente el Renacimiento, aporta con *El Libro de las Bestias* muchísimas ideas al imaginario popular catalán, o valenciano y por supuesto balear. Y lo mismo podríamos decir de Esopo y sus conocidas *Fábulas*, de las que en Cataluña se hicieron numerosas ediciones antes del siglo XX, y como dice nuevamente Xavier Fàbregas en *Les Arrels Llegendàries de Catalunya* (Las Raíces Legendarias de Cataluña):

en el banco o bancada del *pagés* y la mesa del artesano el esopo, llamado así, en minúscula, familiarmente, era el libro de cabecera, el pozo de ciencia, el recordatorio de aquello que debía hacerse y de aquello que debía evitarse.

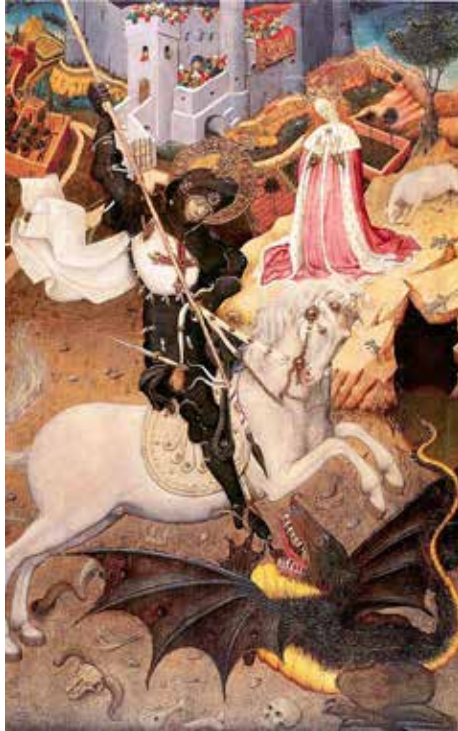
Existe en todas las tradiciones un Bestiario sagrado, una fauna espiritual, dentro de la cual también se encuentran los animales fabulosos; y todos ellos, reales y fantásticos, participan del imaginario simbólico del folklore. Expresan cualidades del alma humana y algunos son también el símbolo de las energías cósmicas y telúricas, celestes y terrestres. Tal el caso del Águila y el Dragón (o la Serpiente), respectivamente. Y no es por casualidad que dentro del folklore ambos

animales tengan un lugar eminente, como símbolos representativos de esas energías, y en este sentido constituyen un arquetipo que se da de una u otra manera en todos los lugares del mundo. En el folklore catalán, inscrito dentro de las tradiciones europeas y mediterráneas, son numerosas las fiestas que tienen como protagonistas al Águila y al Dragón; ambos van unidos y su danza manifiesta el discurso perenne entre lo celeste y lo terrestre, que a veces se repelen y otras se entrelazan armoniosamente contribuyendo a la continuidad de la vida en todas sus formas y manifestaciones.

Esto se ve con claridad en una de las fiestas más célebres de Cataluña: la *Patum* de Berga, inscrita dentro del ciclo festivo del Corpus, es decir en las fiestas sagradas de la Primavera que anuncian la proximidad del solsticio de Verano, donde se produce la comunión de la luz celeste encarnada en el Águila (ave solar y aérea por excelencia) y las energías vitales personificadas en el Dragón, animal asociado con lo telúrico. Manifiesta así este último el espíritu de la tierra, o “genio del lugar”, el principio de la fertilidad y la fecundidad alimentadas por los efluvios de la luz solar simbolizada por el Águila, y por eso aparecen siempre estos dos animales, o análogos, en las fiestas de Primavera y Verano, cuando esas dos potencias, terrestre y celeste, se manifiestan en su máxima plenitud. Son las fiestas del fuego, ya celeste, ya terrestre, pero siempre considerado como un elemento transmutor y purificador.

La leyenda de Sant Jordi y el Dragón se inscribe en la misma temática, aunque en ella acabó por imponerse una visión religiosa y exotérica, es decir dual y moralista de la lucha entre el bien y el mal, que es una lectura que sólo habla de un aspecto muy superficial olvidándose de todos los demás. Este es el caso también de San Miguel y su combate con el Diablo, y sin embargo nosotros nos preguntamos si todas esas imágenes no vendrían a significar el mismo simbolismo

que tiene el caduceo de Hermes, en el que aparecen las dos serpientes aladas (como los dragones) en torno al eje central, equivalente a la espada o la lanza, ejemplificando la domesticación, si así pudiera decirse, de la fuerza vital, “de tal suerte que facilite la transmutación”, como nos dice Federico González en *El Simbolismo de la Rueda*. Y hablando de la rueda, sería imperdonable no mencionar aquí la danza catalana por antonomasia: la sardana.²



Sant Jordi matando al Dragón. Bernat Martorell, s. XV

² Antoni Guri escribió una bella nota acerca de su simbolismo en el Nº 5 de la revista SYMBOLOS (1992/1993) titulada *La sardana, danza simbólica*.

El Simbolismo del Folklore en Cataluña

Como es lógico el origen de la sardana, al igual que todos los grandes símbolos, se pierde también en la noche de los tiempos. Pero lo que nos interesa destacar en estos momentos es su relación con las ideas que estamos evocando. Y la relación está clara: en las más antiguas representaciones de la sardana, llamada entonces el “baile redondo”, se danzaba en torno a un eje central, ya sea dicho eje el árbol, el poste ritual, el menhir o cualquier otro objeto que evoque esa idea de forma clara. Es la comunión mágico-teúrgica del género humano en torno al origen que le da la vida y, al mismo tiempo, el sentido que esta tiene más allá del torrente inagotable de lo creado.



Danzas Catalanas. Antoine Guiraud, 1860

EL FOLKLORE CATALÁN Y LA MEMORIA DE LOS ORÍGENES

Aspectos Simbólicos de la Navidad

M^a Ángeles Díaz

Se tiene la idea de que el folklore y las tradiciones en general son cosas que nacieron en un momento de la historia, y no algo que nos está revelando un conocimiento ancestral. En ese sentido me gustaría hablar un poco del simbolismo de algunas fiestas tradicionales propias de estos días, insertos ya en el periodo navideño, pero antes quisiera decir algunas cosas sobre el calendario donde se ubican esas fiestas.

Ciertamente todos conocemos el gran valor utilitario que tienen los calendarios como agenda que nos ordena el tiempo, los horarios comerciales, escolares, de trabajo, etc., sin embargo todo esto no es más que su aspecto secundario, ya que en verdad se trata de un instrumento de Conocimiento, un modelo simbólico del Cosmos e incluso un talismán, un pantáculo o pequeño todo cargado de ciencias y de la energía que permanentemente actualiza el tiempo, el cual continuamente nace, vive, muere y resucita.

Es por ello por lo que Federico González asegura que si el público medio supiera que entre otros muchos significados los calendarios son teúrgicos les tendría un cierto respeto, o al menos un temor, tal vez supersticioso, pero más adecuado a la naturaleza intrínseca de los mismos que a la desodorizada y aséptica indiferencia actual³.

³ *Simbolismo y Arte*, Capítulo III, "El Ser del Tiempo: Simbolismo de los calendarios".

Nada más comenzar a estudiar el calendario uno descubre que está ante una ciencia muy compleja y arcana y que desentrañar su significado simbólico equivale a restaurar en él su valor real y concreto, que no tiene que ver con la idea de medir el tiempo lineal y plano, de cronometrarlo, sino de expresarlo unido al espacio, como formando parte de una ecuación indisoluble.

Es obvio que hay cosas en las que no pensamos, que simplemente las damos por sabidas; una de ellas es creer que la geografía es algo fijo y que lo mismo sucede con el espacio estelar, el cielo. Sin embargo, es obvio que la tierra está en permanente movimiento, como lo están los planetas y que todo ello se debe a un juego de tensión dinámica de distintas fuerzas, lo que da como resultado el permanente equilibrio de la manifestación.

En realidad, como ya han señalado algunos, pero muy especialmente Federico González y René Guénon, esta decadencia actual que impera en todos los órdenes de cosas, es un signo de este tiempo, o sea, que afecta a todo el mundo en general y por ello es que se dice que es el sello, o tal vez el estigma, de los contemporáneos, el de no hacerse preguntas, el darlo todo por sabido.

Sin duda, las antiguas tradiciones y culturas sapienciales sabían muy bien qué decían cuando en sus textos se refieren a la tierra como a una nave que recorre la inmensidad del espacio tripulada por el hombre.

Lo cierto es que nos olvidamos que nos movemos a muchos kilómetros por hora pegados únicamente a la tierra por la planta de los pies, en un sistema que tiene al Sol como corazón o centro, el que a su vez solo es una pieza más del engranaje de la Vía Láctea, una nebulosa espiral que es un mundo mayor al solar, la cual a su vez no es sino una pequeña galaxia en el firmamento donde hay muchas otras, ... y el Universo, además, se sigue expandiendo.

A su vez esa relación de mundos indefinidamente grandes⁴ guarda una relación y proporción análoga con los mundos indefinidamente pequeños como son los que describe la célula en relación a nuestro corazón, para la cual este es su sol, así como la célula lo es para la molécula y la molécula para el electrón...

Ante tan apabullante inmensidad se entiende la razón por la cual el ser humano siempre ha sentido la necesidad de construirse unos límites que le permitieran tomar contacto y conocer las leyes del Universo, tratando de comprender al Creador de esa obra, y descubrir el papel que en esa máquina descomunal y de brillante precisión, le ha tocado jugar.

Para las sociedades tradicionales de las que hemos heredado la cultura y los calendarios, estaba claro el papel central que la humanidad tiene en ese engranaje colosal que es la Cosmogonía, cuya perfecta sincronía ha sido a lo largo del tiempo, considerada un símbolo de la Inteligencia Creadora. Según la Tradición el primero en delimitar el Cielo, disponer el orden y las estaciones en que son visibles las estrellas e indicar los signos favorables, fue Hermes en un acto de imaginación.

La construcción del calendario tiene una base astronómica, matemática y filosófica, siendo las revoluciones de los astros y las estrellas en el firmamento tomadas como estables con respecto a la velocidad del movimiento de la tierra. Debemos considerar, además, que los puntos de referencia de los que se valieron quienes elaboraron los calendarios, siempre son vistos desde un observatorio geocéntrico, que geoméricamente hablando se corresponde con el punto en medio de la circunferencia.

⁴ Nuestra galaxia tiene un diámetro de unos 100.000 años luz, y se calcula que en ella hay 100.000.000.000 (cien mil millones) de estrellas.

En primer lugar se señala la salida del Sol, el astro rey, y de los planetas que son fácilmente visibles, más la Luna, cuyos nombres y revoluciones sirvieron para estructurar las horas del día y los ciclos mayores, semanas, meses, años, etc., y con ello la vida social y cultural.



El calendario que usamos es una construcción nemotécnica donde cada hora del ciclo solar diario tiene asignada un planeta, comenzando por el más lejano: Saturno, luego Júpiter, Marte, Sol, Venus, Mercurio y la Luna, y así rotativamente de nuevo Saturno, etc., pasando las horas por encima de las semanas y los meses. Así, cada amanecer recibe el nombre del planeta al que pertenece su primera hora. En la historia de nuestro calendario Saturno es quien inicia la ronda, por eso la semana egipcia empezaba en el día cuya primera hora estaba consagrada a Saturno, del mismo modo cada día de la semana tiene el nombre del planeta al que se consagra su primera hora: Luna o lunes, Marte o martes, Mercurio es miércoles, Júpiter jueves, Venus viernes y Saturno sábado. En cuanto al domingo es un nombre que, en distintos idiomas como castellano, catalán, italiano y francés, tomó el nombre del griego *Kyriaché*, día de Kirios, el Señor victorioso, es decir resucitado, que traducido al latín quedó como *Dominica dies*. En inglés, no obstante, aún sigue siendo claro: *Sunday*, “día del Sol”. También es lo

mismo en alemán, escandinavo y otros. Es curioso observar que si esta sucesión de horas y planetas la inscribimos en una rueda o círculo se podría trazar una estrella de 7 puntas o siete días.

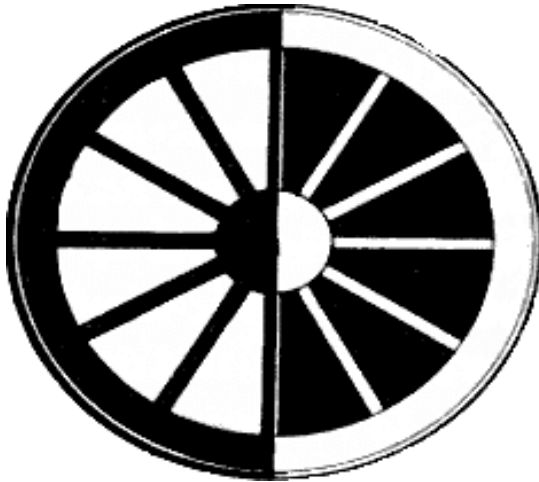
Y si la primera orientación espacial es la salida del Sol por el horizonte, la principal división que el hombre realiza desde su posición geocéntrica en el Cosmos es establecer las cuatro direcciones del espacio: el norte, periodo en el que el Sol comienza débilmente su ascenso diario, que en el año se corresponde con el solsticio de invierno, cuando el viaje que realiza el astro por la imaginada banda zodiacal está pasando por Capricornio y todo parece sumirse en las tinieblas, pero que en realidad señala el comienzo de su ascenso. El Sur o Mediodía, que traspasado al año se corresponde con el solsticio de verano cuando el Sol transita por Cáncer y está en su apogeo; el Este, en el equinoccio de primavera, cuando pasa por Aries; y el Oeste en el equinoccio de otoño, cuando, el astro rey pasa por Libra.

Recordemos que el Zodíaco es una arquitectura invisible, una rueda construida en el Cielo que está compuesta por franjas de espacios vacíos divididos por radios que miden el tiempo, que el sol tarda, más o menos, un mes en cruzar por cada uno de ellos.

El establecimiento de las cuatro fases solares, le dan al hombre la clave de la división cuaternaria del tiempo cíclico que se repite no solo en su ciclo anual y diario, como es fácilmente comprobable, sino en el ciclo de la vida de todos los seres; en el hombre se corresponde con sus etapas de niñez, juventud, madurez y vejez. Se trata de una característica divisoria que abarca igualmente a ciclos mayores, los cuales también están signados por ese cuaternario natural, como las civilizaciones y edades de la humanidad; son periodos que se conocen en la historia como Edad de Oro, Edad de Plata, Edad de Bronce o Edad de Hierro en la que, según todos los

cálculos, nos encontramos. Todo lo cual nos permite observar la concordancia que hay entre los distintos ciclos de la vida, tanto en la tierra como en el cielo.

Desde luego la forma más adecuada de ver el calendario es el círculo, ya que esta figura es la que mejor expresa el recorrido real del Sol que dura 365 días y cuarto. Y así lo construyeron los mesoamericanos o incluso los campesinos, como es el caso de los de aquí, los *pagesos* catalanes. El Uroboros alquímico, la serpiente enroscada que se muerde la cola, es otra forma de simbolizar el tiempo cíclico.

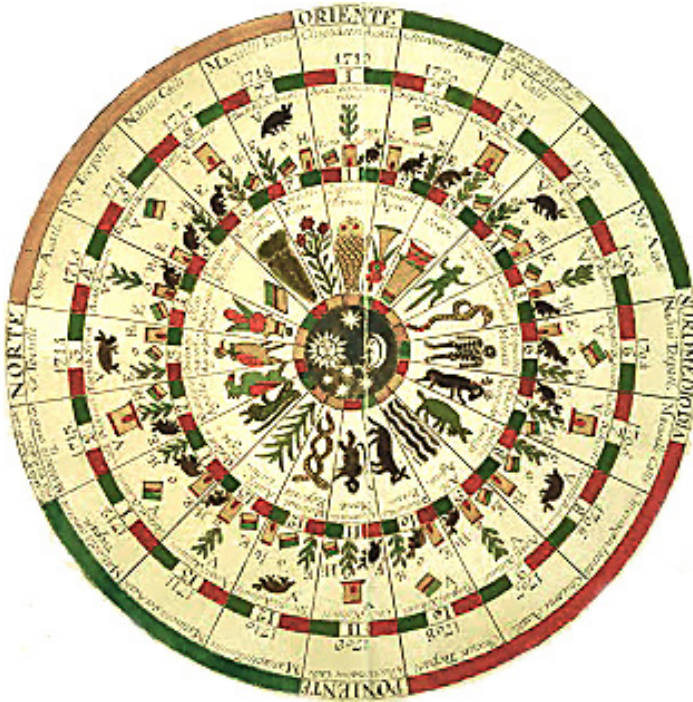


No podemos emprender aquí la tarea de explicar con mucho detenimiento las bases astronómicas y matemáticas del calendario, y tampoco las históricas, aunque sí diremos que la raíz del nuestro está en el de Numa (que reinó en Roma unos 600 o 700 años a. C.), quien divide el año en diez meses; de ese calendario en el nuestro queda el nombre de algunos meses, como diciembre (mes diez), así como huellas de celebraciones que sitúan la entrada del año nuevo (ciclo o círculo nuevo) en marzo, haciendo coincidir su

inicio con el despertar de la naturaleza aparentemente muerta después del frío invernal. Muchas de las fiestas que perviven, y en especial el carnaval, son vestigios simbólicos de la muerte del año viejo y la revitalización de las fuerzas y el retorno de la vida.

Es verdad que no todas las culturas han tomado el inicio del año natural en el mismo periodo, pero lo verdaderamente relevante es que en todas de las que hay memoria, se ha mantenido la costumbre de unirse en rituales, muchos de ellos colectivos, para conmemorar y participar de los principales movimientos solares, con los que ritmar el final de un año y el nacimiento del año nuevo. Sin duda un modo consciente, para quien pueda verlo así, de unirse a la energía de los ritmos cósmicos relacionados con la regeneración periódica del tiempo y el regreso al origen del Universo. Aquel espacio o partícula minúscula conteniendo todas las posibilidades de la manifestación, que según todos los datos tradicionales y científicos (recordemos el “*Bing-Bang*”), explotó a través de un sonido o verbo creador dando lugar al espectáculo de la Vida del Ser, cuya expresión, desplegada en miríadas de aspectos, es la Cosmogonía.

De ahí que los calendarios, y las fechas señaladas como especiales dentro de él, constituyan una parte sustancial de la historia sapiencial y sagrada de la cultura que los ha diseñado, ya que están cargados con las energías del Cosmos, atraídas por los conocimientos de aquellos que los crearon. Entre ellos los pitagóricos, platónicos y astrónomos, como el alejandrino Sosígenes, que ayudaron a Julio César a elaborar nuestro actual calendario de 12 meses; los 360 grados de la circunferencia, más 5 días de sobra, una fracción que se reparte en años bisiestos, y que de una u otra manera todas las tradiciones han considerado días que estaban fuera del orden.



De esos rituales destinados a sacralizar esos momentos de coyuntura, devienen nuestros principales días festivos. Federico González, escribe, en el libro ya citado,

Las fiestas, o sea los espacios significativos donde el tiempo ordinario puede ser abolido, son puntos simbólicos de coyuntura dentro del tiempo monótono e insignificante, y señalan en la sucesión del año lo que es el Tiempo en Sí al valorizarlo y reintegrarlo a su espacio originario; dicho de otro modo, no sería nada el Tiempo, su Ser, sin las fiestas, o espacios, especialmente signados por su proyección o hálito, el movimiento, para comprenderlo o invocarlo. En estas “estaciones” que hace el movi-

miento, el tiempo se reintegra, y es a la vez reintegrado por el rito humano a su Origen Arquetípico. Ya que no hay mayor logro de síntesis que vivenciar al Tiempo como si fuera Espacio; un solo y absoluto espacio vacío; pues si el movimiento que atestiguan los calendarios es la proyección espacial del tiempo, la absorción de éste en lo atemporal es semejante a “finalizar el discurso sin haber movido la lengua” como reza el texto zen-budista.

Conocedoras de ese papel central e intermediario, las sociedades tradicionales crearon ritos que ponían en práctica cada vez que consideraban que el cosmos estaba agotado y que por tanto se requería un retorno al origen, a la fuente donde obtener la fuerza para equilibrar el sistema, lo cual está en relación a la doble naturaleza del hombre, humana y divina.



Prats de Lluçanès, Osona (Lérida)

Los ritos que señalan estos momentos cíclicos, donde el tiempo se renueva, están poseídos de una gran carga ener-

gética, y en ello opera una magia simpática ya que señalan etapas de concordancia y regeneración. Por tanto, desde el punto de vista iniciático, tenidos por momentos idóneos para la rectificación de errores, y para propiciar golpes de timón en nuestra vida y todo aquello que supone reorientarla de acuerdo a lo que cada uno es y puede desarrollar en el ciclo de su existencia. Pues es norma del teúrgo aprovechar no sólo las energías ya presentes en las cosas más nobles, sino atraer hacia sí las de las regiones superiores.

Algunos de esos ritos están destinados a crear el año nuevo, y por eso lo contienen en potencia. Ese es el caso de las fiestas celebradas durante 12 días por los babilonios, un día por cada uno de los meses, y que tenían como eje la ejemplificación y lectura del poema de la Creación del Mundo, lo cual equivale a participar en la creación de los 12 meses del año por venir. El mismo sentido le damos a la ritualización del acto creacional que tiene lugar entre ciertos pueblos indígenas, quienes realizan una ceremonia muy significativa que llaman “el establecimiento de los pilares bajo el mundo” destinada a conjurar las enfermedades. A esta clase de ritos mágico-teúrgicos se refieren ciertos festejos populares, asociados al mundo agrario como las denominadas “fiestas de las suertes”, destinadas a decidir la suerte de los meses venideros en cuanto a la proporción de lluvias y todo aquello que tiene que ver con la siembra.

Asimismo, y tomando como ejemplo el lugar en el que nos encontramos, en el baile conocido como *Ball de la Filadera*, de Sant Feliu de Codines, del que nos habla Joan Amades, puede apreciarse con precisión el carácter solar, geométrico y apolíneo que tiene esta danza, y por extensión todos los bailes circulares, como la Sardana. Precisamente, algunas de esas danzas catalanas contaban con 12 participantes, remarcando así el carácter solar de estos verdaderos mandalas formados por pasos contados que son los que componen estas

danzas solares, como la ya mencionada Sardana, que tradicionalmente está compuesta de 24 compases como las horas del día, 8 pasos cortos y 6 graves que simbolizan la noche y 16 largos y alegres después del contrapunto que simboliza el canto del gallo anunciador de la aurora.



Figuras del Ball de la Filada, de Sant Feliu de Codines, donde doce bailarines, 6 y 6, forman el ciclo anular

En nuestro actual calendario los 12 días que en potencia contienen al resto del año son los que van del 25 de diciembre al 6 de Enero, es decir, de Navidad a la Epifanía de los Reyes Magos.

Diversos estudios astronómicos muestran diferentes modalidades y sistemas de medir el tiempo, todos ellos relacionados tanto con la predicción como con la preparación del año. Una de esas formulaciones consiste en anotar todo lo que sucede en el cielo durante los 24 últimos días del mes de diciembre, pero del modo siguiente: del 8 de diciembre al 19 y luego del 20 al 31, haciendo coincidir los cálculos del 20

con los del 19, los del 21 con el 18, los del 22 con el 17 y así sucesivamente. Se observará que el total de esas fechas suma 39, o sea $3 + 9 = 12$. (ver esquema).

1	2	3	4	5	6	7	8	9	0	1	2
8	9	1	1	1	1	1	1	1	1	1	1
3	3	2	2	2	2	2	2	2	2	2	2
1	0	9	8	7	6	5	4	3	2	1	0
3	3	3	3	3	3	3	3	3	3	3	3
9	9	9	9	9	9	9	9	9	9	9	9

De los datos obtenidos mediante esas coordenadas se logran resultados decisivos para la existencia. Pues dicen los científicos y magos hermetistas, por ejemplo Cornelio Agrippa (1486-1535),

las fuerzas naturales no son otorgadas por medios naturales; sino que provienen de medios abstractos, matemáticos y celestes.

Los cálculos obtenidos a través de estos cómputos astronómicos dan la medida de lluvias para cada mes y por lo tanto los campesinos sacaban conclusiones sobre qué tipo de siembra debían realizar.

Los Libros de Suertes

Se trata de costumbres populares enraizadas en antiguos conocimientos y cultos agrícolas con que los pueblos aseguraban el alimento del año por venir. Una práctica que nos habla de que no sólo el tiempo es susceptible de ser renovado, sino que el destino también lo es. Esa idea cobra expresión literaria, en los llamados “libros de suertes”, basados en los oráculos griegos, como el de Delfos, que presidía Apolo, el dios solar.

Estos “Libros de Suertes” fueron muy populares y el propio Lope de Vega nos ofrece una muestra de ello al contarnos en su *Arcadia* cómo se divertían con ellos dos pastores. En su relato explica que uno de sus personajes, de nombre Anfriso, ruega a la sabia Polinesia que le deje “echar la suerte para saber qué clase de esposa le deparaba el futuro; así que tomando los dados, echó el cinco; lo que le llevó a la casa de Libra donde obtuvo la siguiente suerte: “Pues mi influencia le di, Venus lo dirá por mí”. Al acudir a Venus ésta le responde favorablemente. El otro pastor del relato se anima y pide para él los dados, a los que hace la misma pregunta, es decir qué clase de esposa le anuncian las estrellas. A este le sale el tres que lo lleva hasta Marte, y la respuesta provoca la risa de los demás pastores, ya que le cuenta su futura naturaleza de cornudo.

También Tirso de Molina en *Los Cigarrales de Toledo* hace referencia a las “Fiestas de las Suertes”, y nos proporciona otro dato interesante sobre este juego. En un pasaje relata acerca de una dama, de nombre Narcisa, a la que le toca “en suerte” inventar un entretenimiento en unas bodas, creando un “juego de suertes” en el que dispone un laberinto a base de calles hechas con árboles y flores, donde seis jugadores, todos ellos caballeros, deben introducirse por una de las dos puertas de entrada que tiene el juego, hasta encontrar el castillo del amor donde esperan las damas, castillo al que sólo llegan aquellos que han seguido bien las indicaciones. Una de las pistas se halla sobre una mesa, en la que hay dos dados y una tarjeta cuya leyenda dice: “Todo es suerte en el amor, los dados tira, y después la tuya mira”, o “Fortuna ciega te ayuda. Sigue sus ciegos antojos, y entra cerrados los ojos”.

En el primero de estos dos libros citados, el de Lope, también se puede leer, después de un alegato contra la ociosidad, que la verdadera vianda del alma está en los libros sagrados y que los libros de Suertes son sólo su perfume. Asimismo, el

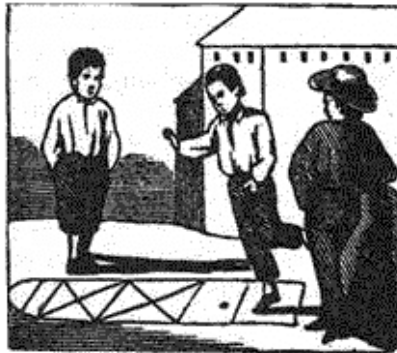
Juego de la Oca, tan popular, forma parte de los juegos tradicionales y de suertes, teniendo además un sentido iniciático relacionado con la búsqueda del “centro”.



Bomba	
☼ Ciel	♄ Intern.
11	12
9	10
7	8
5	6
3	4
1	2

El juego de la Charranca, de origen astrológico

12	11
9	8
7	6
5	4
3	2
1	



Como es notorio, todo periodo de tránsito astral que delimita el ciclo anual en declive y el próximo a nacer, se ha representado en distintos lugares con una procesión en la que tenían protagonismo las fuerzas del caos, que se oponen a la creación. El cortejo estaba presidido por un carro naval, de donde toma el nombre el car-naval, sobre el que iban el

sol y la luna y que en la Edad Media se conocía como “carro de los locos”.

Existen distintas tradiciones en toda Europa que recogen muy bien toda esta clase de celebraciones que tienen que ver con llamar a la suerte. Juegos de mesa, las loterías, las 12 uvas, el color rojo, etc. etc., son vestigios de estos ritos teúrgicos llevados a cabo durante este periodo ritual de cerrar el círculo solar.

Aquí en Cataluña, por ejemplo, existía la costumbre de introducir piñas dentro del fuego para que, por efectos del calor, fueran saltando de ellas los piñones. Atrapar 12 era una señal de buena suerte para el nuevo año. También cuenta la tradición catalana, entre otras, que la noche del 24 (en realidad hora cero del día 25), era una noche de juegos de cartas, y que la gente andaba por ahí con el mazo en la mano jugando por todas partes. Asimismo, se dice también que los pastores se solían divertir mediante un juego nemotécnico de suertes que tenían memorizado en las estrellas.



El Soler, o Esteler. Ciudad de Mallorca



Esteler haciendo profecías y pronósticos

Catarí y Giner, Estrellas de la Navidad

Desde el punto de vista astronómico la noche de Navidad (del 24 al 25) es la noche del año más estrellada, o sea que aparecen mayor número de estrellas en el cielo, y también una de las noches más largas y por lo tanto donde se ve con mayor extensión la bóveda estrellada. Aunque paradójicamente la tradición popular catalana cantara:

La nit de Nadal, la nit mes curta del any.

(La noche de Navidad / la noche más corta del año).

Sin duda decían esto en relación a la luz de los fuegos y de las antorchas que la gente acostumbraba a encender esa noche. Pues en todas partes, pero muy especialmente en Cataluña, tanto la noche del solsticio de verano (que el cristianismo equipara a San Juan Bautista), como la noche del solsticio de invierno (San Juan Evangelista), son fiestas solares y del fuego.

Por ejemplo, se sabe que hasta los últimos años del siglo XVIII vecinos de L'Hospitalet y Sant Just Desvern, dos pue-

blos cercanos a Barcelona, la del 24 de diciembre, los vecinos hacían un gran fuego que se veía desde todas partes; pero tal vez la más impresionante hoguera era la que se encendía en la montaña del Tagamanent (perteneciente al macizo del Montseny), la cual, cuentan, se veía desde lugares alejados como el Vallés y la Plana de Vic. También eran sorprendentes las hogueras que se hacían en Rial y Sort, con las que se pretendía espantar las tinieblas, que el imaginario popular convirtió en brujas.

Joan Amades, el más importante investigador y recopilador del folklore catalán, nos cuenta que era ésta una noche donde los más sabios y mayores contaban durante el recorrido hasta la iglesia donde se oficiaba la Misa del Gallo los nombres de las estrellas y sus leyendas, lo cual constituía una lección de astronomía popular, y un modo de transmitir ese conocimiento tradicional.

También nos habla este autor de un saber que se tenía sobre ciertas estrellas que sólo aparecen esta noche, como la estrella Catarí, que todos buscaban en el Cielo y que era visible hasta el 31 de Diciembre. Se trata de una estrella que no aparece en ningún otro periodo del año y anuncia una buena cosecha venidera, así como una buena entrada de año. Los años en que aparecía nublado el cielo, y la estrella Catarí no se veía, se tomaban como un mal pronóstico.

“Catarí llama al año que ha de venir”, reza la cantinela popular.

También se habla de otra estrella que aparece justamente en Noche Buena, y que permanece visible hasta el mediodía de Reyes. Se trata de una estrella pequeña pero que brilla muy intensamente tanto de noche como de día. Su nombre es Giner, de generar, porque se cree que es la estrella que engendra el año nuevo. En este sentido, cuenta también la tradición, cómo los ancianos solían peinar el firmamento los últimos días de diciembre para encontrar entre todas las es-

trellas a Giner, la presencia de la cual aseguraba la vida del mundo para un año más.

Aun hoy, distintos pueblos, tanto del Pirineo como del Mediterráneo, siguen mirando al cielo durante esta noche para buscar estas estrellas, las cuales, aunque salen todos los años, no siempre lo hacen en el mismo lugar. Se cuenta que parte de un ritual popular es que la gente se juntaba en esta noche y salía al bosque a encontrar estrellas, y lo hacían con teas encendidas de modo que todo se llenaba de puntos de luz. Finalmente con todas las antorchas se hacía un gran fuego con el que invocar la luz. En esas noches el cielo descendía sobre la tierra.

Algunos refranes recogidos por Amades evidencian claramente la popularidad que tenía este hecho astronómico entre la gente. Como por ejemplo los tres siguientes:

– *La Nit de Nadal la mes estelada de l'any.*

(La Noche de Navidad la más estrellada del año).

– *La Nit de Nadal, la festa dels estels y la festa major del*

Cel. (La Noche de Navidad, la fiesta de las estrellas y la fiesta mayor del Cielo).

– *La Nit de Nadal la mes serena y clara de l'any.* (La

Noche de Navidad la más serena y clara del año).

Y también:

– *El dia de Reis al migdia es veuen els estels.*

(El día de Reyes al mediodía se ven las estrellas)

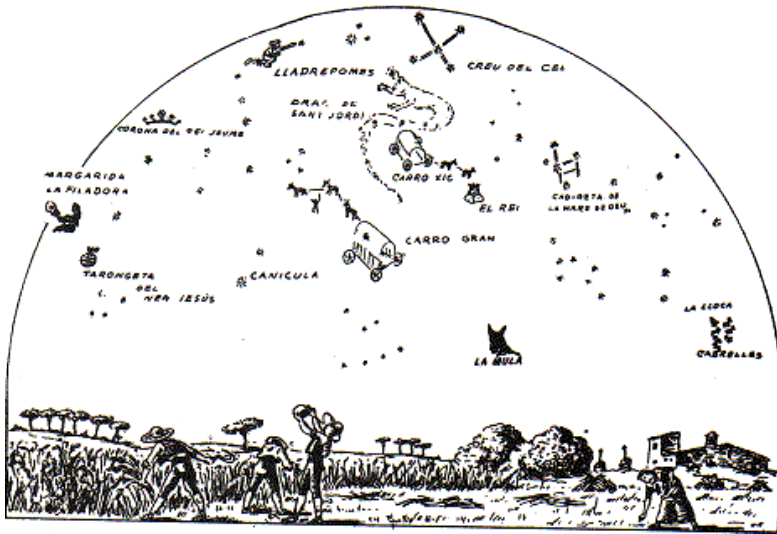
O este otro:

– *El dia de Reis parlen els estels.*

(El día de Reyes hablan las estrellas).

También era creencia popular muy extendida que con cada persona nace en el cielo una estrella, y cuando muere la persona su alma se une a ella. De ahí que algunas tradiciones celebren juntas las fiestas solsticiales y la de difuntos y digan que la Vía Láctea es el camino de las almas y de las estrellas.

En Barcelona existe una vieja leyenda que cuenta que la Vía Láctea se formó cuando el alma de *Jaume I el Conqueridor* (Jaime I el Conquistador) subió al cielo y las estrellas se unieron a él. Según esta tradición la Vía Láctea recibe el nombre de *Camí del Rei*, e igual sucede en Mallorca donde la conocen como: *Camí del Rei en Jeume* (Camino del Rey Jaime).



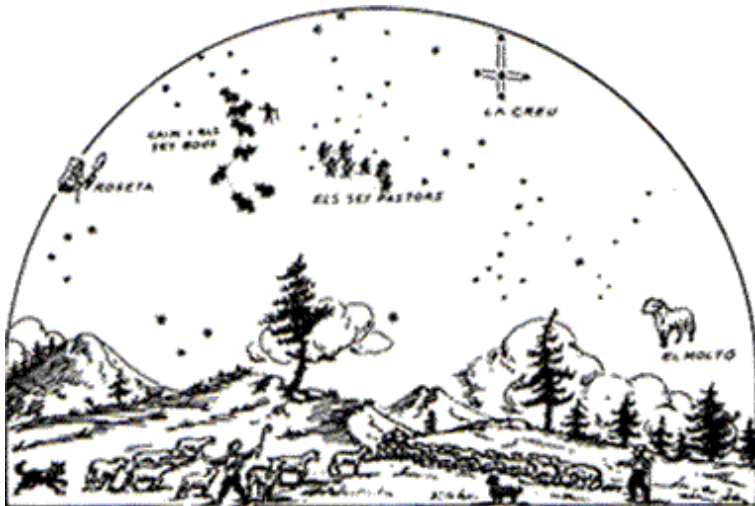
Bóveda estrellada en época de primavera y verano, según los pastores

Según otra tradición la Osa Mayor, conocida como “el carro”, es Caín con 7 bueyes que robó a Abel. En esta tradición subyace la idea de considerar a Caín constructor de carros y de arados, quien con su invento cambió la vida nómada

del hombre, simbolizada por Abel, y dio el primer paso para la construcción de ciudades. De esa idea procede también el hecho de que los masones, en tanto que constructores, se digan descendientes de Caín. Por otra parte, la gente de la Cerdaña cree que se trata del carro del rey David, con el que pasea por su reino.

Algo muy en consonancia con la creencia que existe en la Plana de Vic, donde tanto el carro grande como el pequeño se conocen como “carro de las almas”, siendo en ese vehículo en el que éstas se dirigen a Jerusalén, guiadas por la estrella del alba.

En cuanto a las Pléyades son conocidas en muchos sitios con el nombre de las 7 cabrillas, o *cabrelles*, porque los pastores tienen en su ciclo, desde que salen hasta que desaparecen, la norma para conducir a sus rebaños.



Bóveda estrellada en época de primavera y verano

Para la gente del mar estas siete estrellas, una de las cuales es Maya la madre de Hermes, son las 7 hermanas. El

cuento de las 7 cabritas que son comidas por el lobo, relata el hecho astronómico de estas estrellas. Entre los marineros catalanes la más grande de las Pléyades es conocida como *Blauet*, azulito o celeste, porque al ser de ese color, parece un mar, por eso dicen que es allí donde van a parar las almas de los marineros y pescadores, porque es el mar del cielo.

Otra constelación que brilla con mayor fuerza en estos días de Navidad es Orión, conocida como las tres gigantas, aunque otros la designan con el nombre de los ojos de Dios, o los ojos de Santa Lucía, lo cual es muy curioso teniendo en cuenta que son tres y no dos estrellas las que más brillan, aunque en realidad Orión es una constelación de 17 estrellas. De Orión también se cuenta que es hijo de Ariadna y Dionisio, cuya leyenda recorre el Mediterráneo, siempre asociada al amor, la alegría y el vino.

Otra constelación muy significativa es la del Cisne, conocida también por la “Cruz del Cielo”, Cruz del Norte o Vera cruz. Según la tradición esa es la estrella que anunció a Cristo su destino, y de ella nace la costumbre de hacernos el signo de la cruz, para invocar sobre nosotros buenos augurios y protección.

El relato mitológico explica que esta estrella representa un cisne en pleno vuelo, tal y como sucedió cuando Zeus alzó el vuelo después de seducir a Némesis, es decir, Leda, joven de quien se enamoró, ya que ésta había tomado esa forma del ave para esconderse y conservar su virginidad. De esa unión Leda puso un huevo del que nació Helena. El Cisne, tiene una estrella brillante en la cabeza, otra también muy brillante en el cuello, cinco en el ala derecha, cinco más en la izquierda, una sobre el cuerpo, y la mayor de todas ellas aparece en la zona de la cola. De ahí que los árabes la llamen *Deneb*, “cola de cisne”. En total la constelación suma un total de 14 estrellas.



Existen muchísimas leyendas que tienen como protagonistas a las estrellas y muy especialmente al planeta Venus, conocida como Estrella del Alba cuando sale por la mañana y Estrella Vespertina cuando es visible durante la tarde. A ella se asocia la buena fortuna cuando sale próxima al mar. En muchos lugares de nuestra cultura occidental se ha venerado y dedicado ritos y ceremonias a esta estrella y su simbólica relacionada con sus dos aspectos, uno luminoso, bello y uránico, y otro oscuro y terrestre. El cristianismo la asoció a María a la que llama "Estrella de la Mañana".

Se cuenta que en una época Venus dirigió el comportamiento de las jóvenes que no salían de casa cuando ella se ocultaba, de ahí que algunas tradiciones la conocieran como "estrella de las doncellas"

Muchas otras son las costumbres y normas populares ligadas a la simbólica de los astros y a sus ciclos, como la costumbre de jurar por el Sol, una práctica pagana que aún pervive en los juramentos del matrimonio, los que se sellan con un anillo (de *annus*, año) de oro, metal solar por excelencia.

Solsticio significa "el sol se detiene". En el solsticio de invierno es cuando el astro parece que va a sucumbir, pero en

realidad es cuando inicia su ascenso. Esa victoria astronómica que el Sol realiza durante el solsticio invernal, precisamente cuando aparentemente alumbra menos tiempo, es el momento de mayor condensación de energías cósmicas, pues es en ese periodo cuando consigue remontar su caída elevándose victorioso de sus propias tinieblas y naciendo de nuevo al mundo. Esa es la razón de que el calendario romano, señalando la simbólica de este hecho, situara en el día 25 de diciembre una fiesta en honor a esa gesta solar, a la que llamó “Día del Sol Invicto”, o “Sol Invencible”, en conmemoración de la victoria de la luz sobre las tinieblas, una lucha ganada contra el monstruo de la oscuridad.

Una fecha, la del 25 de diciembre, que con anterioridad había estado dedicada a Mitra, deidad de origen indio-iranio y caldeo que Roma adoptó como uno de sus principales númenes tutelares, cuyos atributos son la espada y la antorcha, símbolos asociados a la Justicia y a la Luz de la Inteligencia, y que el cristianismo tomó como momento de celebración del nacimiento de Jesús, el Cristo, núcleo y centro de nuestro calendario. Una fiesta pagana completamente asimilada por el cristianismo con Jesús y de su nacimiento venido de arriba, y así está constatado en la lengua catalana con la palabra Nadal, es decir *Nat* de *dalt*, Nacido de lo Alto.

Tradiciones de otros lugares del Mediterráneo y de Europa en general, introducen otras costumbres que se asimilan a las nuestras. Ese es el caso de Papá Noel, Santa Claus o San Nicolás, del griego *nikau* y *laos* que significa “vencedor entre el pueblo”, que evidentemente guarda esa misma relación simbólica con las fuerzas luminosas del Cosmos. De todos ellos se dice, igual que de Jano, que tienen las llaves del año nuevo. Es decir, del destino.

En realidad, relata el *Zohar*, en los espacios infinitos se encuentran las figuras y signos con los que se pueden desvelar los más profundos secretos, los cuales están formados por

las constelaciones y las estrellas... estas figuras luminosas son los caracteres con los que el Altísimo ha creado el Cielo y la Tierra.

Es decir que los ritos solsticiales y de Año Nuevo son ritos universales donde lo que se celebra es el triunfo de la lucha que establece la luz contra las tinieblas, y que en realidad lo que pretenden es la restitución del reino de Saturno, Señor del Tiempo y de la Edad de Oro. Ese es el significado que se da en casi todos los héroes solares y civilizadores, aquellos que vencen a las potencias de la oscuridad y del caos, representadas por todas las tradiciones y mitos por las entidades ctónicas y telúricas, tales como titanes, dragones, serpientes.... a las que se vence siempre con la luz, es decir con el rayo y las armas que la simbolizan, o sea, la espada o el hacha, especialmente la de doble filo, significando así un "doble poder" celeste y terrestre.

También el fiel de la balanza es un símbolo identificable a la espada, en tanto que se trata siempre de un símbolo del eje del mundo, tal y como se representa en la Justicia. Recordemos que esta significación axial de la espada es la principal y la que le da su sentido más profundo. Con la espada está asociada la cruz y la copa del Grial, símbolo de la recepción de la doctrina, asimilada también al corazón, concretamente al corazón de Cristo.

Esta lucha contra lo monstruoso e informe es la razón del famoso combate del germánico Sigfrido, o el del Caballero Cristiano San Jorge, representación humana de San Miguel arcángel, príncipe de las milicias celestes. O de la propia enseñanza del maestro Jesús, el mismo Cristo, quien, recordemos, advirtió: "No vengo a traer paz sino espada", es decir justicia. Una espada cuyo poder nunca estuvo en la hoja sino en la fuerza de su Verbo.

Desde el punto de vista iniciático, la luz es siempre símbolo de la inteligencia, representa una fuerza o energía divi-

na que procede del fuego del Espíritu, del mismo modo que la luz física proviene de la enorme masa de fuego que es el Sol. Ese es el sentido de la iniciación y por tanto todos estos arquetipos constituyen modelos ejemplares de ese combate interior que debe librar todo aquel que pretende alcanzar el Conocimiento.

Para la tradición cristiana, Jesús encarna esa acción iluminadora del Espíritu que penetra en la materia tenebrosa forzándola a pasar del caos al orden.

Dar a luz es alumbrar, y el Sol repite diariamente este rito cuando al salir por Oriente ilumina el mundo sumergido en la oscuridad de la noche. Del mismo modo que el astro rey inicia su ascenso en la oscuridad de la noche, el nacimiento iniciático se cumple en la más completa oscuridad, en lo más secreto de la caverna, o sea en la cavidad del propio corazón, siendo esa la única iniciación válida.

Es bueno recordar que en verdad hay en todo el Universo una sabiduría natural, pero que en nada es comparable a la sabiduría del hombre. A eso se refieren los hermetistas y alquimistas cuando afirman que hay en el hombre una luz que está fuera de la luz que nace de la naturaleza. Es la luz de la Inteligencia con la que el ser humano capta, aprende y sondea los asuntos sobrenaturales. Y por eso se dice que es misión nuestra comprender las cosas y no el llevar una existencia ciega entre ellas.

Por ello la característica de los ritos destinados a regenerar el tiempo es la realización de un rito armonizado con el ritmo del Universo, pues en definitiva toda actividad ritual e intermediaria dedicada a atraer las energías celestes a la Tierra, es un acto de magia, aunque, eso sí, las prácticas tienen efectos cuando el ánimo y la inteligencia están puestos en las verdades más elevadas, y en el Dios Supremo e incognoscible que está más allá de su propia Creación.

Saturno, decíamos, es el Ancestro primordial, la represen-

tación del dios que refunda el Cosmos en cada ciclo, al igual que Jano, otro dios primordial. Recordemos que Calendas es el primer día del mes y significa llamar, invocar. *Kalendae* o *Festina Calendarum* era una fiesta romana que se celebraba el 1 de Enero, y duraba cinco días en honor a Jano (*Ianuarus*, de donde Iano, o Jano), durante los cuales la gente se reunía para celebrar banquetes y hacerse regalos, una costumbre pagana que siguió después de Cristo incorporada en nuestro calendario, se trata de los cinco días primeros de Enero hasta Reyes, destinados a llamar al nuevo Jano, una invocación que se hacía al autor oculto del gran juego cósmico a quien se le pide, e incluso se le exige, que nos otorgue sus dones y distribuya sus bienes.

Siguiendo con el folklore catalán, como ejemplo de lo que podríamos hallar en otras muchas costumbres tradicionales de los pueblos, la canción infantil “Sol Solet”, muy popular aún, está directamente relacionada con los cultos de invocación solar y por tanto con el solsticio de invierno cuya letra dice:

*Sol, Solet, vine'm a veure / vine'm a veure / Sol, Solet /
vine'm a veure / que tinc fred.*

Lo cierto es que cuando los cultos dejan de comprenderse también dejan de ser operativos y pasan al ámbito del juego infantil y de actividad lúdica. De esa manera se han salvaguardado muchos conocimientos simbólicos relacionados con antiguos cultos sapienciales y otras veces simplemente se han ocultado a las fuerzas de la disolución, siempre cargadas de su arma más letal, la ignorancia.

“Tió de Nadal”. Una Fiesta Pagana inserta en la Navidad Cristiana

Ese es el caso del popular “Tió de Nadal” o “Caga Tió”, una tradición pagana que se ha conservado milagrosamen-

te en muchos hogares catalanes gracias a su raigambre en los pueblos de la montaña que la han conservado hasta la actualidad. Estamos hablando de una tradición que se cumple en el seno familiar, la cual consiste en acercar un tronco, símbolo del ciclo anual (y en ese sentido relacionado con lo circular y cíclico), hasta el fuego del hogar. La Noche Buena, del 24 al 25, la familia, y muy principalmente los abuelos, se reúnen a cenar en torno al calor de sus brasas. Llegada la hora 24, y por tanto iniciado el día 25, empieza la fiesta del Tió y todos, mayores y niños, comienzan a apalear el tronco para obligarlo a que se desprenda de sus dulces y que no nos traiga amarguras.

No em caguis arengades que son salades. Caga'm turrons que son mes bons. ("No me cagues arenques, que son salados, caga turrones que son más dulces y buenos").

El *Tió*, tizón o ascua, arde desde la primera hora del 25 hasta la última del 5, lo que vuelve a sumar 12 días, es decir que el tronco es una prefiguración de los meses del año por venir. Cuando acaba este ciclo ritual anular, se guarda el resto del tronco convertido en carbón, con el que se encenderá el *Tió* del año siguiente.

Es ahí donde se oculta el gran misterio saturnal del significado del "Tizón de Navidad" o "*Tió de Nadal*", una *soca* o tronco negro hecho carbón que en verdad es la sangre del anciano del que según los alquimistas sale nuestro oro secreto.

Esta antiquísima tradición de quemar un tronco durante doce días fue identificada en la Edad Media con el símbolo de Cristo, quien se había sacrificado para salvar a la humanidad, a la que se ofreció con las palabras: "Yo soy el pan de vida".

Por mantener vivo el recuerdo y el verdadero sentido simbólico y espiritual de esas palabras, nace la idea de con-

memorarlas o ritualizarlas, haciendo en las fiestas de su nacimiento una ofrenda con un pan especial que solo se come durante estas fechas navideñas, como por ejemplo el “noche-bueno” andaluz o el *panettone* milanés. Un pan nuevo hecho con pasas, o sea uvas viejas o pasadas. También está dentro de este simbolismo solar la costumbre del roscón de reyes, que introduce un juego de suertes. Concretamente en Cataluña el roscón lleva en su interior un haba y una figurilla de rey mago. El que saca el haba pierde y paga el roscón, y el que al comer su porción encuentra en ella la figura real es coronado como rey de la fiesta.

Y si los ritos cristianos de la encarnación de Cristo se reglamentan por el calendario solar, es decir que se relacionan con el ciclo solar, los ritos de su muerte y resurrección están relacionados con la luna y sus fases, menguante y creciente.

Los primeros, los de su nacimiento, comienzan el día 8 de diciembre, día de la Purísima Concepción, aunque es en el transcurso de la medianoche del 24 al 25 cuando alcanzan su plenitud con la Misa del Gallo, una ceremonia que asimiló la corriente ancestral invocada por la tradición hermético-alquímica. Pues esta misa acogió hasta no hace tanto, ritos paganos relacionados con las saturnales, que se celebraban en el interior del templo y en los que participaba también el clero. Entre los festejos se realizaban misas bufas y otros actos que bien podrían ser calificados de obscenos; la idea era dar rienda suelta a los más bajos instintos en unos días delimitados por el rito, para dejarlas fuera del curso anual, o del orden que dicho rito establecía, y porque esa era una manera de vehicular esas energías inferiores, ya que en el plan del cosmos tienen evidentemente una función.

Es por eso que la Misa del Gallo, según cuenta Alan Watts en *Mito y Ritual en el Cristianismo*, es una ceremonia que se divide en 3 misas; la primera a media noche está centrada en los misterios de la derrota de las tinieblas, y se corresponde

astronómicamente con la noche más estrellada del año. La segunda misa es al amanecer y se conoce como misa de la aurora, y en ella se celebran los misterios de la transfiguración del mundo por la iluminación, la tercera se celebra durante el día y conmemora el nacimiento de Cristo, cuya función arquetípica es regenerar el Tiempo.

Otra identificación entre el cristianismo y la fiesta del *Tiío* de Nadal, la encontramos en la costumbre de llevar el tronco a la casa el día 8 de diciembre, día de la Purísima, fecha en que se celebra la concepción de María, cuidándolo y alimentándolo hasta la Noche Buena, o Natividad del hijo, Jesús, y cuando se celebra la Fiesta de los regalos o dones del *Tiío*.

Por último, queremos hacer hincapié en la idea de que a pesar de la degradación con respecto a lo que fueron sus valores originales, lo cierto es que ello no toca sino a las formas exteriores que adoptan las tradiciones y el folklore en general, pero no a su núcleo y esencia metafísica.

O sea que el empobrecimiento que actualmente se tiene del calendario y las fiestas tradicionales insertas en él, es algo que sólo afecta a tal visión, y no a lo que de verdad significan.

Y con respecto al rito, al arte y a todas sus expresiones culturales, decir que siempre imitan cosas de un orden superior, y por tanto son recordatorios de ellas y, según palabras de Platón, sirven para armonizar nuestros modos de pensamiento con las armonías cósmicas, pues es ese el plan del Universo.



La sardana. Olga Sacharoff



LA MEMORIA DE CALÍOPE

Canal de Youtube

Blog

Junio 2020